



Dibujo de Miguel Hernández, ca 1933

Entre 1937 y 1938 Miguel Hernández Gilabert escribe el libro *El hombre acecha*. El poeta tiene entonces 27 años y desde su infancia campesina y pobre se ha ido abriendo paso como poeta y como hombre, en un mundo sumamente hostil para con ambas dimensiones.

Miguel ha entrado en el mundo literario español del momento y ha hecho contacto con creadores como Rafael Alberti, Federico García Lorca, María Zambrano, Manuel Altolaguirre, y se ha granjeado la amistad profunda de Pablo Neruda y de Vicente Aleixandre.

# El hombre acecha al hombre

(Reflexión hernandiana)

Carlos Enrique Ortiz

Por otro lado, los acontecimientos de su vida son definitivos: “la muerte enamorada” le ha arrebatado a su gran amigo de la infancia en Orihuela: José Marín Gutiérrez, llamado por el poeta Ramón Sijé; ha escrito y publicado una parte considerable de su obra: *Perito en lunas*, *El rayo que no cesa*, *Imagen de tu huella*, *Quien te ha visto y quien te ve* y *la sombra de lo que eras* (un auto sacramental de 1934), *El labrador de más aire* (teatro), *El silbo vulnerado*, *Viento del pueblo* y *Teatro en la guerra* (cuatro piezas). Con estos textos se ha ganado el reconocimiento de figuras tan importantes como Juan Ramón Jiménez y José Ortega y Gasset.

Como si fuera poco, su compromiso social y su afinidad política lo han llevado a viajar a Rusia para asistir al V Festival de Teatro Soviético y se ha casado con Josefina Manresa, su novia modista de Orihuela, quien le dará dos hijos; el primero, Manuel Ramón, que morirá de sólo diez meses de edad; y el segundo, Manuel Miguel, que nace en 1939 y tendrá que crecer sin su padre.

En 1938 Miguel está a sólo cuatro años de su trágica muerte, le falta por escribir el *Cancionero y romancero de ausencias*, uno de los más intensos y conmovedores libros de poesía amorosa, y una treintena más de poemas para completar su obra.

El escenario en que estos años transcurren es la España de la Guerra Civil que estalla en 1934 y se extiende hasta 1939. El enfrentamiento se da entre los republicanos (clase media democrática, liberales, progresistas, socialistas, obreros, comunistas, sindicatos y pueblo llano), que estaban en el gobierno legítimamente constituido, contra los conservadores, apoyados por la iglesia, los grupos oligárquicos de terratenientes, industriales y financieros, además del ejército, los grupos carlistas y la falange fascista. Este enfrentamiento desgarrará completamente el tejido social de España.

En 1936 Franco llega al poder, concentra en sí mismo todas las fuerzas de derecha y lanza la falange contra todos aquellos a los que se considera enemigos o posibles amenazas. En 1938 los fascismos italiano (Mussolini) y alemán (Hitler) dan un apoyo efectivo a la derecha española. Pero ya antes (el 26 de abril de 1937) la fuerza aérea nazi ha bombardeado a la población civil de Guernica. La guerra aún no se inclina a favor de la derecha, los cruentos combates se suceden continuamente regando a España de sangre. El triunfo de Franco llegará en marzo de 1939.

Lorca ha sido fusilado en 1936; Hernández había buscado su amistad y reconocimiento, pero Lorca se ha mostrado distante, e incluso hostil; sin embargo, en *El hombre acecha*, Miguel le rinde homenaje dentro del poema "Llamo a los poetas", donde dice: "Ahí está Federico: sentémonos al pie / de su herida, debajo del chorro asesinado, / que quiero contener como si fuera mío / y salta, y no se acalla entre las fuentes".

Ante los ojos de Hernández una condición violenta del ser español se ha revelado y el poeta reclama: "Siempre fuimos nosotros sembradores de sangre". Miguel, como cualquier poeta auténtico, no puede hacer otra cosa que escribir

desde su vida; llama a España a que despierte, se rebele, se desencadene, se revuelva y se salve a sí misma: Quiere dar testimonio de una Rusia cuyo pueblo se ha hermanado en la revolución y el trabajo, y cae en la ingenuidad de elogiar a Stalin, nos da su visión del soldado enfrentado al horror, a la muerte, al frío..., fustiga a los hombres viejos de la oligarquía española, los llama "ex hombres" y desnuda su infinita avaricia y su egoísmo asesino, canta al hambre que ha sometido ferozmente a la España pobre y sometida... "Tener hambre es la cosa primera que se aprende".

Los campos, las ciudades, se han llenado de muertos y de heridos, la sangre se ha vertido en todas partes y Miguel dolorosamente canta: "La sangre llueve siempre boca arriba, hacia el cielo / y las heridas suenan igual que caracolas, / cuando hay en las heridas celeridad de vuelo, / esencia de las olas".

El dolor es lo que da unidad a todo el libro, a pesar de la diversidad de los temas desarrollados por los distintos poemas. Miguel ha participado intensamente en la guerra desde el principio y ha bebido sus horrores; las armas, el tren que lleva a los heridos, el tiempo que se ha vuelto sangre y circula por sus venas, la Madrid sufriente y caída en las manos

ensangrentadas del fascismo, y España toda, madre y madre tierra, partida en pedazos de dolor, las cárceles que persiguen a los hombres, la libertad, para la cual sangra, lucha y pervive, y la cual perderá definitivamente para entrar en el corredor oscuro que conduce a la muerte.

Entre 1938 y 1941, el poeta pasa por diversas prisiones; en 1940 se le condena a muerte y la pena es conmutada por treinta años de prisión; en la cárcel enferma de neumonía y se agrava en las condiciones infrahumanas de la reclusión; al final de 1941 es ya una tuberculosis aguda que lo debilita definitivamente, y el 28 de marzo de 1941 Miguel Hernández muere en la cárcel Reformatorio de Adultos de Alicante. Sus ojos quedan irremediabilmente abiertos en la muerte, los verdugos no logran cerrarlos. Es enterrado en el cementerio de Nuestra Señora del Remedio de Alicante; en su primera lápida sólo estaba su nombre, las fechas de nacimiento y muerte y esta sola palabra: Poeta.

*El hombre acecha* es una obra que se siente como una herida perennemente abierta; pero quiero detenerme un instante en dos poemas del libro, el que lo abre y se titula "Canción primera" y el que lo cierra, llamado "Canción última".

En “Canción primera” el poeta canta de pie; ha vivido el momento atroz en que el amor es muerte y puede decir al hombre (a cualquier hombre que escuche su voz enardecida), que el hombre ha roto su unidad con la tierra, que ésta se aleja y se cierra ante la voracidad destructiva que somos.

El abismo se ha abierto; separa al hombre del aire, del agua, del suelo, del fuego, del olivo, de la nieve, del viento... La tierra, como si fuera hoy, está rota y cansada, cansada del hombre, crueldad desnuda, el hombre es una garra de tigre que acecha incluso al hijo, pues el hombre acecha al hombre y el futuro que viene es el tiempo de los asesinos.

En “Canción última”, el poeta nombra su casa, que es quizá su celda, la cual no está vacía sino pintada pero “del color de las grandes pasiones y desgracias”. La tragedia y la desdicha han caído definitivamente sobre la existencia de este joven hombre que ama la vida irremediamente, toda vida y

la suya propia, que es como la de su “Niño yuntero”, “una grandiosa espina”; pero el poeta hace que broten rosas de esa espina.

Por eso su casa, vacía, rústica y pobre, “regresará del llanto a donde fue llevada” y cuando este regreso se cumpla, los besos serán flores sobre las almohadas y los amantes cuerpos, enlazados bajo las sábanas, respirarán el perfume nocturno del amor indestructible.

La garra del acechante hombre es ahora una garra suave, una mano humana que acaricia sapiente, entonces, sólo entonces, el poeta, condenado, pide que se le deje la esperanza.

Carlos Enrique Ortiz es Magíster en Filosofía del Instituto de Filosofía de la Universidad de Antioquia. Ha publicado los libros de poesía: *Pensamiento y sacrificio*, *Estiaje*, *Orovalho* y *El óvalo de las auroras*. Actualmente se desempeña como profesor en la Universidad de Medellín. Escribió este artículo especialmente para la *Agenda Cultural Alma Máter*.